

IBLIOTECA DEL CLUB "VIDA NUEVA"

GUZMÁN PAPINI Y ZAS

Soledades

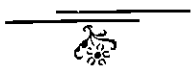


... POR ...



CARLOS ROXLO

CONFERENCIA LEÍDA EN EL CLUB «VIDA NUEVA» EL 15 DE AGOSTO DE 1902.



MONTEVIDEO

TIP. «LA TRIBUNA POPULAR», CALLE CIUDADELA 74

1902





SOLEDADES POR
CARLOS ROXLO



Señores:

Con una pomposa muchedumbre de cortesanas á mis flancos, entretenidas todas en abanicar mi ambiente con las alas de palomas candorosas degolladas sobre un mármol, que albease como un blanquísimo velo petrificado, como una espuma solidificada, en magnífico altar de Venus; por un camino alfombrado con cabelleras de blondas Elenas, de vírgenes supliciadas, por haber negado su cuerpo—flor de castidades defendidas, de purezas trágicas—al César que, al examinarlas á través de una esmeralda monocular, como al trasluz de una esperanza, las hubiese columbrado co-

mo invadidas por un desmayo de voluptuosidad; después de haber bebido en la concavidad tibiamente sonrosada de una mano femenina, como á un licor agreste, la miel más azucarada de las abejas romanas; bajo un cielo sin nubes, del cual, parodiando á Huysmans, pudiera decirse: se ha descendido todos los velos, todos sus brocados de arrebol, y sobre su desnudez azul, como una joya única, resplandece un sol de oro; á esa hora en que la Náyade, allá, en los lejos de la mitología, en no sé qué mágicos acuarios de la leyenda, en no sé qué aguas pobladas con divinidades por el ensueño pagano, surgía de su húmedo camarín de nácares, y, como por entre una gorguera de azahares, por entre el musgo de plata de la onda rizada asomaba su cabeza de adolescente invariable, para recoger en sus pupilas el brillo con que en vestálico ejercicio aumentaba la «llama fría», la candencia sin calor de sus corales; á esa hora en que la cigarra eleva su cántico unitono, y en que Narciso, después de haberse fatigado en la persecución de ciervos tan fugaces como las flechas de un arquero partho, se acercó sediento á un lago, que era recorrido por una blanca flotilla de cisnes, como por la elegante armada de alguna ciudad de ondinas, contempló su imagen reflejada por la superficie especular del lago, y, enamorado de ella, expiró de tristeza, al convertirla, por haber intentado acariciarla, en una ebullición de diamantes, en un presuroso remolino de chispazos; á esa hora, por ese camino que he descrito, ba-

jo el cielo que he recordado, sintiendo las frescuras desparramadas por las alas de las palomas á Venus ofrecidas, transplantado á la época y escenario de los remotos Césares, realizando el imposible capricho de poseer en esa edad los versos de Carlos Roxlo escritos en la armoniosísima lengua del Lacio, sobre áurea litera conducido, que, por lo suntuosa, digna fuese de un monarca oriental, yo, leyendo en alta voz las estrofas de este poeta, hubiese ido al templo de Apolo, al maravilloso templo en que ardía el fuego sagrado sobre un trípode de plata, y centelleaba, como una constelación por los lampadarios al firmamento arrebatada, el candelabro hurtado á la ciudad de Tebas por Alejandro; al templo en cuyo frente, como una esplendorosísima carroza á los dioses del Olimpo destinada, lucía sus flamantes doraduras el carro lujosísimo del Sol!

Ese pasaje mio hubiera sido, señores, la salvación de aquella Roma decadente que, condenada á muerte por el vicio, mientras en las regiones palatinas los saraos baltazarianos se coronaban de besos y de flores, veía aumentar ante sí los eslabones de sus cadenas, como el Dante vió multiplicarse ante su imaginación maravillosos círculos de fuego. Para aquella Roma en que el abrazo pecador de sus tiranos era la única corona reservada á su cabeza de emperatriz prostituida; para aquella ciudad que parecía un sepulcro de mármol en cuyo seno la única vida que palpitaba, era la animación de la gusanera, el hervor de la podredum-

bre, algo semejante á la acción destructora, al cautiverio laborioso del pus enclostrado en una llaga, el pasaje que yo imagino, hubiera sido la salvación, porque para los déspotas algunas rimas son más peligrosas que una espada, y porque el plumacho militar de un héroe, aunque ese plumacho, á manera de pompón del triunfo, como el del rey legendario, siempre conduzca á la victoria, nunca podrá, tan fácilmente como Tirteo, integrar las creencias de las multitudes, asociándoles la intrépida convicción de que en las batallas la muerte es la misteriosa patria de la gloria! La recitación de algunas estrofas republicanas de Roxlo, porque ellas son como banderas de redención convertidas, debido á quién sabe qué prodigio, en músicas de barricada, hubiera sido el taconazo de Pompeyo: á su estruendo lírico brotarían soldados donde únicamente se arrodillaban esclavos; resonarían protestas donde el histrión—como un Rigoletto primordial—alternaba su carcajada funambulesca con los sollozos del mártir que, al abrir sus brazos en una plegaria, parecía una cruz en cuyo seno sangraba un corazón, como si éste fuera un supliciado circuido por una aureola de lágrimas; un Cristo sin más divinidad que la divinidad de la tristeza! ¡Oh! señores, cuando yo hubiese llegado al pórtico del fastuoso templo, la imaginación del pueblo romano sacudida, despertada por los toques á rebato de mi declamación, vería resurgir vivida, elocuenta, á la cabeza de Marco Tulio y vería á la lengua del tribuno in-

comparable, como en una resurrección milagrosa, despedir, á modo de flecha vengadora, el alfiler imperial con que Fulvia, transfigurada en una Euménide palatina, la horadó repetidas veces; y también vería á Catón Uticense reaparecer en la vida con un puñal clavado en el pecho; y á Lucrecia, con manchas de sangre sobre su hermosura, como una virgen con rosas adornada para un desposorio; y á Bruto con el brazo erguido, con el acero redentor en la apretada mano, como si de su puño surgiese, en vez de un arma homicida, el luminoso índice de un Dios acusando á los tiranos!

Roxlo es un inspirado poeta de la libertad. Cuando la tiranía puebla de sombras al alma nacional, él canta con una angustia batalladora, con tristeza varonil, y su lirismo adquiere la solemnidad de una elocuencia sagrada. El poeta, entonces, tantea las sombras de su patria, buscando una salida á la alborada; y, cuando, perdido el rumbo, presintiendo la vecindad del abismo, estira el brazo, como buscando un apoyo, como socorriéndose con la misma obscuridad que lo hostiga hácia la búsqueda de las claridades escondidas; su mano choca sonoramente con la lira de Quintana. Y esa mano, entonces, se convierte en otra lira de cinco cuerdas, cuya estrofa única es un bofetón dirigido al despotismo. Como los ruiñeñores-mártires que eran cegados por los campesinos thesalios, para que gorjearan una dulcísima serenata á las tinieblas persistentes de su vida, Roxlo en medio de las sombras morales de su pueblo entona cantos

que son fuerzas musicales que perdonan, castigan, deprimen y levantan. En medio de esas noches populares, como el jardinero que avizora la aparición del primer capullo primaveral—esa aurora de perfumes de una estación naciente—su pensamiento espía el pasaje alegre de la primer hora rosada del alba. Porque él sabe que “la libertad se conquista y no se pide; que la libertad se gana blandiendo la espada en el aire y no arrastrando las rodillas por el suelo”, como dijo Castelar, él ha esgrimido el sable revolucionario y lo ha levantado hácia los Aventinos de la historia uruguaya, hácia los Aventinos en que se han amotinado contra las virtudes patricias de nuestro partido las plebes de los tiranos. Entonces, señores, el poeta se agigantó, porque fué á provocar las cumbres, después de despreciar la riqueza tranquila, la apacible posesión del pedazo de patria, que otros, sin ternuras cívicas, devoraron, puestos de hinojos sobre la tierra charrúa, sobre esta tierra en donde todos debemos estar de pie, como un homenaje á la memoria de Artigas y de Rivera ¡Oh sí, es más pura la victoria del pararrayo que solicita el ataque del relámpago, la ira de las alturas, que el triunfo de la hiena, que necesita hincarse y con sus garras despedazar al suelo en que nació, para violar una tumba y obtener un menbrugo de podredumbrel ¡Es más grande la gloria del águila que se remonta, para espiar desde las nubes á su víctima, que la gloria del cocodrilo que se abisma en el lodo, para acechar perezosamente sus presas sucesivas!

Los que en la poesía dejáis caer suavemente el espíritu, para remontarlo después hasta el arrebol de un ensueño, imitando al ave que, serenamente, desciende hasta el raudal cristalino, para volar después, joyada por brillantes de agua, como un deslumbramiento alado, ansiosa de retozar sobre el campo de aéreas azucenas de un blanquísimo celaje; los que buscáis en los versos, no el silbido de la tempestad, sino las garrulidades de la alondra veronesa; los que únicamente amáis la estrofa amorosa, que puede compararse con el velo de Isis, porque si éste defiende el misterio sagrado de la estatua, aquella siempre oculta un secreto del corazón humano, no renunciéis al deseo de encontrar en la obra de Roxlo esa onda orlada de perlas, ese tejido de luces, esa melodía, cuyas notas mariposeantes siempre anuncian al beso que la escala ha sido prendida al balcón de la virgen soñadora!

Los poetas que en un mañana lejano canten al amor con las ternuras de Roxlo, reinarán en el alma de las esposas que en ese futuro velen por la dignidad de sus cuerpos conyugales. La crónica de los siglos venideros tendrá una página destinada al adulterio universal. En el mundo habrá un día de consagraciones afrodíticas, análogo al día en que una tribu americana, recordada por Pi y Margall en una obra erudita, otorgaba á sus esposas el privilegio de que éstas, como hetairas momentáneas, como odaliscas indígenas, pudiesen arrojar sus trofeos carnales, sus dádivas de Cleo-

patras indulgentes á los pies de un amante venturoso. En ese día el Poeta será el amante promiscuo de las multitudes femeninas. Para revelar su amor, por la declaración sin palabras de un beso apasionado, no esperará á que su Victoria Colonna repose en un ataúd, como una virgen que ha cerrado los ojos, para que de ellos no fugue la visión última, la visión con que decorará las desnudas tinieblas de un sueño eterno. ¡No esperará á que la Muerte roa las mejillas de su Bien Amada, como el gusano roe los bordes indefensos de una dalia ¡Oh! pasará su cuerpo por entre la muchedumbre arrulladora de las mujeres, como pasa por entre el pueblo susurrante de las hojas una flor fecunda: anunciando el fruto prometido por la Naturaleza! La civilización, señores, le prepara ese triunfo lejano. El hogar del Porvenir no será el nido tanto más encantador cuanto más niños hospede bajo el ala maternal. El ibis del Egipto, apoyado en un solo pie, inmóvil como un pájaro de piedra, cuando proyecta una ascensión al cielo, permanece indiferente al ardor del Desierto y á los saludos, á los escarceos de la onda fugitiva que entre una caravana de espumas pasa por el Nilo suntuoso y brillantísimo. A semejanza del ibis impasible, los esposos que vendrán, en una era muy remota aún, descansando en sí únicamente, apartados del apoyo sentimental que les ofrezcan las esposas—esas cariátides divinas hechas para soportar sobre sus hombros, como á una carga sagrada, el destino del hombre—los esposos que vendrán,

repito, cuando proyecten ascender á los bienestares superiores, permanecerán en un aislamiento casi hurano, substraídos á los goces libres del amor, á las cópulas sin precauciones esterilizadoras. El amor prolífico, el que preside la misión creadora de los Sexos; el que, según Edgar Quinet, pone en las palabras de algunos seres humanos el murmullo sordo de las generaciones futuras; esa ilusión germinadora que, como diría Schopenhauer, trabaja para las necesidades de la perpetuación de la especie, tendrá su chaleco de fuerza, su tiranía desconsoladora. El terror al Hijo será la limitación, la tiranía que á las alcobas nupciales las convertirá en cámaras de placeres precavidos; y Say obtendrá obediencias, cada vez que el eco de su voz repita: conviene que los hombres se preocupen más de hacer ahorros que de hacer hijos. Francia, el país en donde, á medida que la población disminuye el bienestar aumenta, entonces tendrá sus discípulos; la plutocracia marital, en la plenitud de sus avaricias, rendirá, en oposición á la natalidad, culto á los ideales crysohedónicos, á las falsas ilusiones del ctesohedonismo, como diría Novicow; el progreso, que es una creciente satisfacción de necesidades, difundiendo la felicidad y las fáciles maneras de gustar las delicias de la vida, evitará la miseria, que, según Francisco Nitti, es la madre más fecunda; la economía de la natalidad á la mujer en una tierra muerta la tendrá convertida; el cuerpo femenino arrebatado á su misión materna será, como el clavel rojo,

un simbolo de belleza, un simbolo flameante, un simbolo de esterilidad; el manzano del Edén oirá á la serpiente flautear desesperada un llamamiento á la conjunción genésica, al idilio fecundo; y la esposa que reclame en esas centurias por venir sus derechos á la maternidad frecuente, un privilegio de amor para que la esbeltez de sus carnes leguen una herencia lilial á los tálamos nupciales, la esposa que reclame todo eso, como á un robado tesoro de alegrías y esperanzas, viendo en el Poeta el único vestigio de un pasado sentimental; el nostálgico sér que en sus frases cante el perdido florecimiento de la familia, la interrumpida ramificación de las razas, la evitada frondosidad del matrimonio; redimida de su culpa por una religión que santifica al adulterio en su leyenda milagrosa de la Anunciación; impulsada á la culpa amorosa por esa misma religión que ha dicho: «creced, y multiplicaos», renovará las seducciones de Eva, y en el jardín de Margarita se rasgará las vestiduras y caerá excitadora á los pies de los Petrarcas venideros y será la madre pecadora de lejanas parejas de Romeos y Julietas!

«Soledades» es el título del último libro de Roxlo. «La soledad es el canto favorito del pueblo en mi Andalucía» dijo el melancólico poeta de «las golondrinas». «Pregunté á la selva ¿dónde se encuentra la soledad? y yo la tenia en el corazón» sollozaba un cancionero del pretérito, cabe las caladas rejas de Sevilla, de esa ciudad voluptuosa, odalisca muzárabe que con sangre de

toros riega sus cármenes de claveles y que con rayos de sol enfleca, como con hebras de oro, los bizarros mantones de sus manolitas besadoras ¡Al fin, sólosl exclaman en un dúo de besos y de frases los recientes desposados, cuando en la cámara nupcial, el velo, en un descenso gracioso, resbala por el cuerpo de la novia, cae á los pies de ella, forma como una peana de azucenas aglomeradas, y parece, al envolverle los zapaticos de raso abundantes en visos y tornasoles, mucho más que el velo de una novia, una nube blanca que la adula, que intenta levantarla serenamente, llevársela, como á una virgen conducida por un ángel, hasta la puerta deslumbrante del celeste paraíso!

Por un capricho, por una disculpable inclinación hácia la originalidad, hacia *l'art nouveau* del comentarismo literario, empezaré á examinar la reciente obra de Roxlo por sus páginas posteriores. Este sistema de examen es un sibaritismo intelectual, que me proporcionará un aumento de delicias, porque iré acreciendo en escala ascendente mis sensaciones de placer—que la admiración es un elevado placer de la inteligencia—á medida que, abandonando los camarines últimos de ese palacete del Verso, me aproxime al fróntis de él, que, como parte principal del edificio, debe superar á las demás regiones del mismo en lo que podría denominar alicatados, arabescos, intercolumnios llenos de un aire sonrosado, y blasones con cuarteles donde fi-

guren sobre campos de nieve y azur las armas apolíneas del poeta!

El libro que examino, termina en un epílogo en que Roxlo riza con imágenes arreboladas los párrafos de una prosa fugitiva, ágil, llena de flexibilidades que al pensamiento de su autor le permiten saltar elegantemente de un ensueño á otro. Esos párrafos han abandonado la librea clásica y visten un traje novedoso, tan afortunadamente decorado con riqueza de matices, que parece hecho con la tela de un cuadro de Rembrant. Son de una prosa que europeíza á nuestra literatura, y llevan terciada la banda de estrellas del lirismo. La belleza de ese epílogo se debe á que, como risueñamente dijo el paradójal artista de los «Ésmaltes y Camafeos» «un poeta puede ser un gran prosador, puede hablar con la misma hermosura verbal tanto en el idioma de los dioses, como en el lenguaje de los hombres, así como los prosadores no pueden alinear cuatro versos aceptables: que los pájaros pueden descender á la tierra y marchar como los cuadrúpedos, mientras los cuadrúpedos no pueden ascender por el aire y volar como los pájaros!» Al lirismo aquilino de Roxlo el peso de las alas no le impide, como al poeta comparado con un albatros por un verso de Carlos Baudelaire, convertirse en un gallardo caminante del ensueño!

¡De qué Paros, con un golpe de cincel, el autor de «Soledades» ha podido arrancar la línea esbelta de su estrofa? Acaso os preguntaréis, señores, ¿en qué Eros sor-

prendió los sentimientos que le deben una publicidad melodiosa? ¿En qué pétalo, en qué relampagueo pertinaz de una pedrería, en qué oro creciente de una cabellera blonda, en qué fresca virginidad, en qué balcón solitario ó en qué aurora inédita el poeta ha ubicado, como en un imperio ideal, la belleza á que él ofrece la noble cortesania de sus esperanzas, el amoroso vasallaje de su corazón? Con la garrulidad del arroyo que confiesa su fuente original, en el epílogo que he recordado, el poeta denuncia que el manantial generoso de su inspiración es la copia de un cuadro de Chaplain, en la que, despojada de los realces del matiz con que en el lienzo pincelado la hiciera triunfar su imaginador, figura el cuerpo de una mujer «maravillosamente modelado en una adorable actitud de abandono y de ensueño». Para el raudal parlero de su versificación esa copia del primoroso cuadro es la fuente encantada donde coge la sonrisa del pensamiento, los sentires melodiosos, la castidad del deseo y la perla de luz destinada, por calurosa consagración, á la frente de Afrodita! ¡Ah! señores, las almas soñadoras sorprenden los beneficios de la Castalia, no solo en la mujer real, en la Venus vivaz que, Virginia ó Safo, con una sola gota de su sangre diluida en nuestro llanto, sonrosa las lágrimas de nuestros dolores, sinó que también se sienten atraídas por las cosas sin alma de la belleza, por el diamante, por la angustia petrificada del Cristo de mármol que invariablemente expira en la cruz, por las inertes llamaradas

del incendio de colores que irisa á una tela de Fortuny, ó por las representaciones intangibles del recuerdo: que el artista es conquistado por los encantos sin alma del mundo físico y por las visiones sin cuerpo de la memoria, como si fuera solicitado por yo no sé qué sobrenaturales seducciones, por yo no sé qué misteriosas amistades de la Muerte! El Dante, en pugna íntima con las esquiveces de la timidez y con los pudores del secreto, adoró en la realidad á la blanca Beatriz, al tesoro primaveral de los Portinari, pero únicamente la amó en el arte con una admiración excepcional, con una ternura famosa, cuando Beatriz fué gozada por el sepulcro, como por un amante insaciable y silencioso! En todos los siglos, tanto en los más austeros, como en los más gomóreos, ha invadido los espíritus superiores una «melancolia enamorada de sí misma», que se ha ofrendado, como supremo beneficio, como realización de su esperanza más querida, una entrada precoz á los dominios de la Muerte. Hojead, señores, los anales del suicidio y veréis como los ginnosofistas brahamínicos, almas cultivadas en la filosofía, preparaban con aparatosas pomposidades, con lujos de apoteosis, su renuncia definitiva á los encantos de la vida, para ellos mucho menos seductores que la alegre emigración de la existencia terrenal hácia lo desconocido de las reservas tumulares. En eras pasadas algunas multitudes que habían obtenido apreciables grados de elevación moral en las ascensiones de su fé mística, marchaban al holo-

causto homicida; viendo en el humo de cada pira olorosa la nube de incienso que los esperaba, para remontarlos á espléndidas regiones, donde ellos desenvolverían eternamente su felicidad religiosa; los filósofos de Cirene, como oradores delirantes, loaban el lúgubre prestigio de las tumbas; el suicidio, por Vargas Vila nominado, en una floridez metaforista del Estilo, «éxtasis, deseo que se diluye en lo infinito», tuvo sus cátedras populares, sus frecuentes renovaciones de ardorosos Pisithonatas; á los palacios reales ascendía, como un criminal invisible, un presuroso deseo de morir; Cleopatra, soñando una sensación nueva, un placer sepulcral, mientras redimía á sus rizos de la opresión de una diadema resplandeciente, con cierta languidez en la frase y una lúgubre nostalgia en el pensamiento, al rendido Marco Antonio le propuso fundar la asociación de los coomurentes, como si le descubriese alegrías más fieles al espíritu que las alegrías de su Imperio, en las fúnebres descripciones de un extraordinario Egipto de ultratumba; Petronio fué el árbitro de las elegancias hasta en su agonía teatral, hasta en el instante en que, salmeado por coros de esclavas canorísimas, bajo un mariposeo de pétalos arrojados al ambiente, expiró sonriendo, complacido ante la gallardía de su última artística actitud; á la Iglesia cristiana, como una heregía de la tristeza, penetró el pecado de no amar la vida terrenal, turbó con sus funerales solicitudes al sexo solitario de los monjes, á éstos les prometió una estre-

lla que para ellos sería una amantísima esposa, y los indujo á que dejaran á sus almas desertar del cuerpo en una noche de la muerte, á fin de que esas almas pudiesen ascender en un fúlgido volar hácia la estrella prometida, como hácia un lecho de deleites siderales. Montagne, sublimizando el suicidio, cuando veía pasar la sombra patricia de Catón, exclamaba que el sacrificio del uticense que acabo de nombrar, es un ejemplo que causa una emoción extraordinaria y un placer verdaderamente viril; á la popularidad trágica de los Werter y Jacobo Ortiz se unió la melancólica leyenda de Gerardo de Nerval; Lamartine, Goethe, Chateaubriand y la amante que en las noches de Italia de Musset no comprendió la ternura excepcional de su poeta, allá en sus juventudes respectivas, atraídos por la muerte, desearon arrastrar hácia la tumba y sólo á ella confiarle, como un fúnebre depósito, no únicamente el cuerpo, sino también las entonces inéditas creaciones de su genio, la arcádica figura de Lili, la domadora de verdugos Adelaida de Walldorf, los primores de Graciela, la fama peligrosa de René y todos aquellos ensueños que revolaron, al son de una música de versos, como una danza aérea de invisibles hadas, en el ambiente del trovador hoy dormido bajo un sauce que sobre él llora sus hojas, como lágrimas de esmeralda, en un sagrado retazo de París. ¡Ah!, señores, si en un Josafat milagroso yo pudiese convocar una asamblea de todos esos muertos, cuyos nombres en un sonoro galope de recuerdos aca-

ban de desfilan; si les interrogase, si les solicitara el por qué de sus lúgubres ternuras, estoy convencido de que en unánimes respuestas todos ellos las definirían como seducciones de lo extraordinario, como originalidades de almas superiorizadas por una esperanza, erguidas sobre la especie humana por la fuerza moral de un fanatismo ó apartadas de la vida vulgar por un ensueño que, ávido de prender su fleco de luz en lo sobrenatural, en lo excepcionalmente hermoso, en la maravilla ó lo imposible, las subtrae á los encantos de la existencia real, las arrodilla ante el bloque cincelado, las enardece con devociones delirantes, las esclaviza á una pincelada gloriosa, ó cuando no son salvadas por un culto artistico, por una pasión estética, las impulsa hácia el sepulcro, para que en él busquen desconocidas satisfacciones, porque, como dijo Chateaubriand, las ha convertido en un largo bostezo de fastidio!

Las contestaciones de ese plebiscito calmarían los ardores de más de una noble curiosidad. Los que hubieran indagado el motivo sentimental que arrodilla á la Musa de Roxlo ante la imagen de que ya os he hablado; los que en un juego de suposiciones hicieron volar su asombro ante ese arrodillamiento, encontrarían en las respuestas de los muertos fugazmente redimidos de su silencio por mi evocación, las revelaciones del velo indiscreto que, al caer, deja en plena desnudez al misterio que defendía! Esa devoción declarada por el poeta resucita en la memoria mia las impresiones que en

mí produjo una novela que floreció en el follaje sonoro del romanticismo, en aquel follaje que fué tan hospitalario para las alas del genio, donde los nidos de tantos lirismos se desbordaron en gorjeos y donde la palma de la gloria abanicó las frentes más esplendorosas de un siglo literario. El héroe generador de esa novela, en la catedral de Amberes, es deslumbrado por el Gólgota flamenco, por la galeria de lienzos donde los Calvarios pintados presentan á Cristos abatidos, entregados á la cruz y la esperanza; donde las virgenes rubias simulan yacimientos de oro que amarillea á flor de aire sobre las telas meritisimas; donde los labios-clavel rivalizan con los hombros-marfil; donde hay milagros del color, y la pintura parece que sufre y se resigna; donde también parece que el dolor se ha vestido con no sé qué matices nupciales para su próxima boda con la muerte! El soñador que vaga por las páginas de la novela á que me refiero, al contemplar el «Descendimiento de la Cruz» pintado por Rubens, encuentra su ideal secreto, la novia interior de su alma, representado en la Magdalena que en el lienzo martirizado brille divinizada por la divinidad del genio; bella y gloriosa, bajo una palidez azulada, como si el lirio enfermo se fuera haciendo cielo, como si el pecado arrepenido se fuera haciendo virtud; piadosamente inclinada hácia el cuerpo del Jesús fallecido; deshojando en lágrimas, semejantes á pétalos de luz, sus ojos, que fueron en los verjeles del vicio divinas «flores del Mal»; con

algo de diosa que, para recibir los agasajos de una claridad serena, aparta, como á un cortinado de arboles, los más primorosos celajes de la pintura; encantadora, como la visión más hermosa de un poeta transmitida á la posteridad; con labios á los que para ser de ángeles, sólo les falta una frase paradisiaca; tan sublime y tan hechicera que, si yo tuviese algún día que comparar á mi seductora patria con la creación de un artista, con esa Magdalena yo la compararía, porque ambas derraman por igual amargo llanto en esta vida, porque ambas en la frente impuros besos han recibido, y porque ambas se inclinan amorosamente, como agobiadas por una adorable carga de piedad, ante un suplicado Redentor: la santa pecadora ante el mártir nazareno, y la santa patria mía ante el pueblo que, al subir al Calvario de sus ensueños, muchas veces ha caído sobre esta tierra americana, no abatido por el cansancio, no para implorar el perdón de sus verdugos, no volteado por el peso de su cruz, sino arrodillado por el sacratísimo deseo de besar un pedazo del suelo nacional!

El grupo de «Las Noches», como un fresco grupo de Gracias colocado en un jardín, solicita mi atención desde el libro «Soledades». Ya otro poeta antes que Roxlo barajó entre las sombras nocturnales las estrellas de la inspiración. A semejanza de los lechos conyugales que, á la inversa de los parajes sembrados, generalmente son tanto más fecundos cuanto mayor es la ausencia de sol, el talento, á veces, enardecido

por la incitación de las tinieblas, se rinde voluptuosamente á ellas y elabora la especie de los pensamientos más hermosos. Dios concibió al Universo antes de crear la aurora primera del Edén. En la sombra claustral de su capullo se envuelve la oruga, para fabricar el tejido vaporoso de sus alas. Los oratorios nocturnos de Musset— ésta denominación pertenece á la herencia lírica que legó Lamartine á la posteridad— son, como Las Noches de Roxlo, diálogos del poeta con la Musa confidente. En esos diálogos del cancionero uruguayo es tanta la delicadeza verbal, que los versos desfilan por ellos á la sordina, como temerosos de despertar á los ángeles y á los rosales dormidos. La versificación suave parece una dulcísima serenata suspirada bajo el balcón de astros de la Gloria!

No me detendré á examinar las cinceladuras del soneto «En Colón», que, por lo perfectamente redondeado, me recuerda al seno maduro de una mujer en plena rozagancia, en plena pubertad; pero interrumpiré momentáneamente este viaje de inspección literaria, para admirar una poesía dedicada á Santos Chocano, el bronceteo poeta, el cantor más vigoroso de la América del Sud, que allá, por las cumbres de los Andes, convoca á las águilas de Hugo y á los viejos cóndores de Andrade! Tiene esa composición una robustez de Hércules: es musculosa, con músculos de gladiador. Creo ver en ella, por su complexión fuerte y los chispazos que enjambra, á un Vulcano iluminado violentamente por las llama-

radas de una frágua que chisporrotea y parece una boca con cien lenguas de fuego! Pertenece á la familia del Sermón de la Montaña: yo se la declamaria á la América desde la cumbre de un volcán, como desde un púlpito de Dios. Lo que tiene entonaciones de tormenta, en las alturas debe resonar: los truenos rugen cerca del cielo: son los alaridos de la nube apuñaleada por el rayo! Roxlo en esa poesia es el nubarrón enlutado que llora, relampaguea y atruena los espacios del pensamiento nacional. En ella se rechaza al vicio con la austeridad con que Xenócrates rechazó los impudores atrayentes de Laís. Como esa composición, aterrorizada por las corrupciones sociales, gritaria una Vestal sorprendida por una noche del Aretino. Es como la frase de horror á Raimundo Lulio arrancada por el cáncer que, como la flor de una sepultura, crecía sobre el pecho de su Ambrosia de Castello. El alma del antiguo yambo, por una metempsychosis lirica, se ha incorporado á las estrofas que analizo en este momento. La varonía juvenalina ha encontrado en ellas, por quién sabe qué avatares extraordinarios, una nueva encarnación, y ha vuelto á vivir bajo las banderas, á proclamar odios sagrados, con una fraseologia tan enérgica como el estilo de su primera, de su lejanísima juventud. Esa composición dedicada á Santos Chocano tiene algo de la selva en que el rugido del león despierta los pájaros trina-dores, porque en ella hay garra, canto, rugido y ascensión!

«Intima» es un vaso que se desborda en llanto; es una miniatura sentimental en que la tristeza del verso asume actitudes melancólicas. El desencanto, la filosofía de la desilusión, riman en ella. Roxlo, cuando habla de su corazón, pone, como á una corola, una diadema de rocío, un nimbo de perlas de los ojos á sus estrofas. «Intima», en un torneo, adoptaría para bandera suya un retazo del crespón que cuelga, como un luto glorioso, de la lira de Balart. En ella el poeta, desertando de las claridades de la alegría, se entrega á las brumas de la pena, como un Phaetón que, fatigado de dirigir el carro del Sol, se tiende á sollozar sobre la nube!

En los poemitas que atesora el libro «Soledades», el sentimiento y la imaginación aletean á la par, como dos palomas que juntas abandonan volando una misma Castalia. La Musa que los llevó á la estancia del poeta, vestía una túnica de Damasco historiada con auríferas representaciones de aves del Paraíso, y, como las virgenes de Murillo, sus voladores pies estaban calzados por una media luna semejante á una góndola aérea de perlas maravillosas. Cada uno de esos pequeños poemas parece el suntuoso joyero de una Favorita: sus estrofas resisten victoriosamente una comparación de lujos con los rubies, que semejan gotas de sangre helada; con los záfiro en que alternan las más primorosas variaciones del azul; con selenitas de esas que transforman en joya valiosísima la mano que las posee. Esas estrofas tienen versos

que las hadas, si las hadas no hubiesen emigrado á quien sabe qué patria misteriosa, anhelarian cambiar por berilos, calcedonias y crisopacios más apetecidos por los príncipes fastuosos que el árbol que gorjea en un lugar encantado de las leyendas del Oriente. Los diamantes, que simulan grutas de cristal de las lágrimas; los sardonices y amatistas, capaces de vencer, en un torneo de pompas, á los lunares fosforescentes que esmaltan la cola del pavón de Juno; los jacinintos y crisólitos más hechizadores que las pupilas de las bayaderas, no son tesoreros de tanta belleza como las estrofas de esos pequeños poemas en que la imaginación y el sentimiento se despliegan, á semejanza de dos flores de luz, que se entreabren, como los ojos de una virgen, al ser ésta despertada por la caricia de un alba primaveral.

Si se hace la anatomía de esos pequeños poemas, de los que también puede decirse que son *Doloras amplificadas*, el exámen que los desfibra, denunciará que la manera campoamorina de «La Novia y el Nido» es la modalidad dominante en el organismo líricode ellos. En esas composiciones Roxlo canta á las siete virtudes y á los siete pecados de la Humanidad. Su lira, como las liras auténticas de la Troada, es un instrumento septicorde, cuyas cuerdas por la extremidad superior están aseguradas en la sonrisa, así como por la punta inferior están sugetas á la pena! ¡El autor de «Soledades» perjudica á la autonomía lírica de su personalidad literaria, al aproximarse á uno

de los modos más frecuentes en el complejo poeta que á la silva castellana le dió las peculiaridades raras de una nueva instrumentación verbal? Yo creo que la originalidad de Roxlo ha perdido algunos de sus vellones de luz, al enredarlos en las espinas de las rosas campoamoristas. La independencia intelectual, el pensamiento emancipado del prestigio tutelar de los modelos es propicio á la revelación de la vida nueva en el Arte, sin que ésto importe un desmerecimiento ó una negación de los beneficios que en determinadas edades de la inteligencia procrea la imitación, que en la infancia de un pueblo ó en la primera juventud de un artista puede ser una orientación hácia el progreso. Observa Silló y Cortés en una de sus obras que «la lírica castellana, perezosa se arrastraba hasta que Boscán introdujo en España el endecasílabo italiano». Esa imitación petrarquista, que fué grotescamente combatida por el misonismo hostil de Cristóbal del Castillejo, enriqueció con sus innovaciones la metrificacón de una poesia balbuciente, y en el idioma cervantino el endecasílabo, ya hispanizado por una imitación oportuna, se flexibilizó en manos de Garcilaso y más tarde, dócil á las genialidades de ese idioma y dúctil á las exigencias de la inspiración, fué himno torrencioso en los labios de Herrera, armónico escepticismo en la lira de Espronceda, arpegio musical en la fronda poética de Zorrilla y algo así como una golondrina surgida de las florestas encantadas de Heine, en los balcones sevillanos de la Musa bekeriana!

En «Inmortalidad» el poeta deposita en el templo del amor las ofrendas epitalámicas de una devoción íntima, casi podría decirse, mirras para un altar, aureolas para una frente de nácar. «La Calumnias» es un apóstrofe viril en que el serventesio desde el astro desafia al lodo. «A Ella» es una composición en que los versos penetran de puntillas á un camarín sonrosado y, suavemente, sobre la cabeza nupcial de una novia dejan, como una cabellera de azahares, un velo blanco...

Los exploradores de la India védica, en una labor de arqueología filológica, han arrebatado á los rincones remotos de ese paraje de la civilización primordial los libros de los Vedas, depósitos de un lirismo eglógico, museos de la inspiración sacerdotal y de las revelaciones sagradas de una literatura en que las voces rituales, las notas bucólicas y los acentos guerreros sinfonizan en una infinita variedad de acordes elevados por la música verbal! El deva más venerable de esos Coranes indianos, el espíritu más radiante, el Júpiter del Olimpo védico, es el dios Indra, que fué tan fabuloso por sus prestigios, como por sus riquezas celestiales. A él, como á un Genio de la leyenda, los zoroastrianos le dieron un paisaje en el ensueño, pero le negaron una glorificación en el Zend-Avesta, aunque en un himno traducido por Max Muller para la Historia de las Religiones es aclamado, porque «con la rueda de su carro derribó á veinte reyes» y «á Karanga y Parnaya los exterminó con la más brillante lanza de

Atithigva». Era Indra, según Paul de Saint Victor, el rey de las estaciones, el dueño de los aires, el arquero del rayo, el protector de las tribus, el divino mago que en las azules praderas del firmamento metamorfoseaba en vacas celestes, henchidas de lluvias frecuentes, á las nubes manchadas por desparramos de oro. Ese flechero del relámpago, ese patriarca hereditario de las tribus primitivas que hormiguearon en las vecindades del Himalaya, ha inspirado á Roxlo diez y seis octavas italianas, que son, como hubiese dicho un estilista ya citado en el curso de esta conferencia, pasajes de una «Iliada de los aires», porque en ellas el poeta canta las luchas del dios védico contra las cumbres sublevadas en una insurrección de fuegos perturbadores de la serenidad gloriosa del asoleado cielo!

La poesía amatoria en «Soledades» se encuentra abundantemente representada. Yo no detendré mi atención sobre cada una de las composiciones en que el beso y la promesa amorosa le han dado sus sonoridades á los consonantes. En ellas desde el gálico *blasón*, hasta el *lied* germano y el madrigal español han contribuido con una fibra del corazón á la urdimbre de la divina malla en que el poeta ha aprisionado pensamientos de una policromía fastuosa. La red buceadora de la inspiración, arrojada por él á todos los abismos del alma, ha surgido de esas misteriosas simas lagrimeando perlas de un oriente lunar é hidrópicamente inflada por una valiosa preñez de irisaciones, así como la red de los

pescadores desciende á las profundidades del golfo azul, conquista las escondidas fortunas de las aguas, y cuando hácia la playa arcual es recogida, cuando surge de entre las olas, como el canjilón que surge de entre la cisterna, llora diamantes pluviales y ofrece á sus dueños una riqueza de peces, que son como escamados de coloraciones lujosísimas!

La fecundidad lírica de Roxlo es de una significación orgullosa, despreocupada, en su vanidad estética, de toda servidumbre escolar: libre y audacísima, cuando imita, no es porque se siente vencida por el programa del Maestro á quien rinde una devoción fugaz, sinó porque anhela competir con modelos pasajeros, con rivales muchas veces solicitados al sepulcro: sus imitaciones agitan alas, pero no arrastran las cadenas de la esclava! Roxlo en un ecleticismo persistente encuentra la variedad de sus horas cancioneras. Ese ecleticismo literario nos explica como el poeta de «Soledades» ora serena sus estrofas hasta aproximarlas á la impasibilidad de los broncees clásicos, ó ya, convirtiéndolas en sagrados gemidos de un amor romántico, obtiene que en algunas de ellas duerman los goces de la vida y suspire la popularidad de una melancolía irrefragable. Ese ecleticismo explica también las entradas anormales del poeta á los talleres del «modernismo» en que florecieron dos escritores que, aunque en París ganaron su *jornal de gloria*, cantando, como el cincelador de Los Trofeos, á pesar de su americanismo, sus pensamientos en versos

franceses, os los recordaré, porque fueron hijos de esta patria de cancioneros. Ya habréis adivinado, señores, que aludo á Julio Laforgue, el Jean Vieu que matizaba con los arrebolamientos de su estilo las columnas del Figaro, el famoso poeta de «Nuestra Señora la Luna», nacido en Montevideo el 22 de Agosto de 1860, muerto á los 27 años de edad, después de habernos hecho conocer, como dijo uno de sus apologistas, paisajes, imágenes y sentimientos distintos á los que habitualmente conocemos. Y ya habréis sospechado, señores, que también me refiero á Isidoro Ducase, el extraño Conde de Lautreamon, nacido en esta ciudad el año 1846, muerto á los 28 años, después de haber imaginado sus «Poesias» y sus «Cantos de Maldoror», obras éstas comentadas por Remy de Gourmont, quien se preguntó si el poeta de ellas fué un ironista superior ó un hombre que, inducido por un desprecio precoz hacia los hombres, inventó una locura en que la incoherencia es más prudente y más bella que la razón mediana!

Señores:

He llegado al final de mi conferencia, pero, no deseo abandonar esta tribuna, desde la que tanto he fatigado vuestra atención, sin antes manifestaros que esta noche habéis evidenciado una vez más la existencia del espíritu liberal de nuestro partido, al prestigiar con vuestra presencia un acto en que ciño una corona de laureles al nom-

bre de un poeta que siempre ha hostilizado á la púrpura invicta de la bandera trojana; y tampoco, señores, deseo abandonar esta tribuna, sin antes decir á los artistas uruguayos, parodiando á Jean Jaurés: No tengáis miedo de nosotros. Mientras haya antagonismos no habremos domado la fuerza. Venid á este centro y llamaremos ante vuestras obras á todo el país, lo llamaremos, en nombre de un Arte que se esparcirá por el mundo como una esperanza de gloria, que nos conducirá hácia una nueva juventud, hácia un renacimiento de la inteligencia nacional!

He dicho.

